

bellisimos tratados, muy bien concebidos, perfectamente lógicos; y que no tienen otra falta sino ir á parar en conclusiones absurdas: por no citar mas que un ejemplo, ahí está el del buen padre Caffaro, excelente teólogo, y por añadidura, religioso ejemplarísimo, que *sin haber puesto en su vida los pies en un teatro*, tuvo la ocurrencia de hacer una disertación atestada de autoridades ilustres para probar que la comedia era un honestísimo recreo, que en nada ofendía á las buenas costumbres. Pero es el caso que Bossuet tomó por su cuenta hacerle ver que se engañaba á pesar de tener ó de creer al menos que tenia en su favor la opinión de San Juan Crisóstomo, San Antonino, Santo Tomas, San Carlos y algunos cánones. Convencido entonces de su error el padre Caffaro, respondió que *había concebido* de la comedia *una idea* muy distinta de la que le daba el señor obispo de Meaux, y se apresuró á retirar su disertación en su consecuencia. Pues bien, nosotros estamos seguros de que el Sr. Gaduel no pierde su tiempo en leer los periódicos, los folletos y demas obrillas de la *incredulidad moderna*; ignorando por tanto que esos periódicos, folletos y demas obrillas son hoy el único pasto intelectual de todo un pueblo. Así es que como ignora el mal, desconoce tambien la utilidad del remedio, y mas aun las condiciones que este remedio debe tener, y la manera de aplicarlo. Cuando sus interesados colegas van á sorprenderle en medio de sus brazos en folio, y á decirle que hay seglares y profanos bastante atrevidos para meterse á hablar de religion y con pretensiones de combatir los errores dominantes, sin consultar previamente para ello quince ó veinte autores, el Sr. Gaduel alarmado esclama: ¡Dios mio! ¿á donde vamos á parar? Se forma, pues, *su idea* de la prensa religiosa, y con esa idea que es disparatada, la emprende como un desesperado, contra la prensa religiosa. Así como el padre Caffaro no veia inconveniente alguno en la comedia, el Sr. Gaduel *ninguna ventaja encuentra* en la prensa religiosa; y del mismo modo que aquel no veia que sus informes le venian de actores cómicos, este no vé que los suyos le vienen de eclesiásticos periodistas: sumido en tal ceguedad, y cabalgando sobre su idea, enviste á diestro y á siniestro, creyendo echar á los vendedores del templo. «Sois unos imprudentes, nos grita, unos ignorantes, unos rebeldes, unos herejotes; estais echando á perder el clero; vais á perder á la Iglesia.» en resumen con tono mas decente que sus colegas, y con un desinterés laudable, viene ni mas ni menos á hablar el lenguaje de los periodistas que andan á caza de suscritores; del propio modo que el padre Caffaro con la mejor fé del mundo llamaba á las gentes al teatro, y queria que Boursault y Moliere hicieran su negocio con la autoridad de los Santos Padres, de los doctores y de los concilios. A semejantes absurdos van á parar esos teólogos que hablan de lo que pasa en la calle, sin salir nunca de sus bibliote-

cas; ellos no habren mas que sus libros, cuando lo que habia que abrir, era la ventana de su cuarto.

Para completar el paralelo que dejamos bosquejado entre el padre Caffaro y el Sr. Gaduel, veremos que así como un obispo se encargó de refutar al inocente defensor de las funciones cómicas, otro obispo tambien de gran fama tiene refutados de antemano á todos los inocentes enemigos de los seglares que defienden á la Iglesia.

II.

En el segundo año del reinado de Dario, habiendo levantado los ojos al Cielo el profeta Zacarias, vió volar un libro gigantesco, largo de veinte codos, y diez de ancho: y por revelación del ángel que le asistía supo que aquel libro era la maldición que iba á derramarse por toda la haz de la tierra; porque todo hombre rapaz y mentiroso iba á ser juzgado conforme á lo escrito en aquel libro que volaba.

No caeremos en la tentación de pretender interpretar esta visión del profeta, porque era muy posible que el Sr. Gaduel nos pillase en fragante delito de una ó dos heregias que añadir al proceso contra los escritores seglares; pero permítanos repetir lo que en cierta reunión literaria oímos una vez al sapientísimo y elocuentísimo Prelado, el Sr. Obispo de Tulle. Comparaba este señor las producciones de la prensa incredula con aquel gigantesco libro volante, que cada mañana se levanta del seno de la inmensa ciudad, y cuyas ojas, llevadas tambien por un viento de muerte, van á derramar la maldición sobre la haz de la tierra. En aquella reunión se hallaban tambien algunos redactores del *Ami de la Religion*, que no deben haberlo olvidado á pesar de los diez ó doce años trascurridos desde entonces; porque aquella palabra chispeante y varonil no es para olvidada facilmente de los que una vez la oyeron. ¿No recuerdan cómo, despues de haber oido al Ilmo. Prelado, ardíamos todos los presentes en el deseo de escribir tambien nuestro libro volante, nuestras páginas que diariamente en gran número y con rapidez se derramasen para llevar la vendición, la luz y la vida con la misma rapidez á la misma distancia y con la misma profusión que las páginas volantes de la mentira llevan la maldición, las tinieblas y la muerte? Desde aquel memorable dia no hemos vuelto á ver al Sr. Obispo de Tulle; pero le acusamos ante el tribunal del Sr. Gaduel, de habernos causado entonces un mal irreparable, alentándonos con su palabra á emprender esta via de perdición por la cual caminamos; metiendonos en la cabeza, de un modo que no hay fuerza para echarlo, aquel libro volante que como el águila de la verdad, persigue por los aires á la mentira, la alcanza, combate con ella, la hiere á veces, á veces tambien la mata; y cuando menos la impide siempre reinar tranquila, to-

mar raíces, y difundir la tiniebla absoluta donde fija su imperio. Y si el elocuentísimo Prelado nos hubiera dicho: «antes de escribir, calaos el bonete; no publiquéis una línea sin haber antes escuchado á profesores y consultado glosas!.... Pero nada; aconsejándonos por supesto el estudio, la templanza, y sobre todo, la oracion, nada nos dijo por donde nos creyéramos obligados á dejar el mundo y trepar á las alturas de esa teología superfina, que el Sr. Gaduel quiere que se aprenda antes de mirar siquiera la cara del Sr. Girardin ó de Proudhon.

Hablando formalmente ¿necesitamos nosotros para nada de esa ciencia prolija y exquisita? ¿Quiénes son nuestros adversarios cotidianos? Tropillas de á caballo, peligrosísimas por su número y agilidad, y tan ligeras de armadura, como de conciencia: si hubiera de asestarse contra ellas toda la gruesa artillería teológica, jamas se les tocaria al bulto. Quisiéramos ver nosotros al Sr. Gaduel á las vueltas con tal cual redactor del *Siglo*, que sin saber siquiera las primeras repuestas del catecismo, sale todas las mañanas enseñando la doctrina á cien mil lectores, de una erudiccion poco mas ó menos tan fuerte como la suya: antes que él dignísimo teólogo haya tenido tiempo de abrir su Witasse y su Billuart, ya el otro estará dominando sin rival en todos los gabinetes de lectura; y cuando lleguen Billuart y Witasse, se reirá soberanamente de ellos? Quien cree que la masa general del público va á leer disertaciones atestadas de citas y de abreviaturas en latin? Un buen estratégico no echa mano de los cañones, cuando ve que bastan las carabinas, y quizas solo las flechas. Si el Sr. Gaduel quiere dejar por nuestra cuenta al redactor aquel del *Siglo*, seguro es que le formaremos una *corriente de opinion*, que dará tiempo al Sr. Gaduel para ponerse en estado de batirle dentro de cinco ó seis meses que tardará en estar listo para entrar en campaña.

¿Por qué la verdad, destinada como está á sostener una lucha perpétua, no ha de tener su caballería ligera, experimentada en el combate de guerrillas, y lista siempre para botar silla al primer toque de clarín? Pues este es cabalmente el oficio de los seglares, que no solo son á propósito para esto, sino que son mucho mas á proposito que los eclesiásticos. Y no se escandalice el Sr. Gaduel de esta proposicion, porque la tomamos de muy buena fuente: y si él tiene una teología que manda callar á los seglares y á las gentes profanas, en cambio hay otra teología que les manda expresamente hablar: si él no consiente que los seglares pongan al cristianismo en artículos de periódico, ni siquiera en tomitos de cuatrocientas páginas, como los de la *Biblioteca Nueva del Univers*, otros doctores hay en cambio que exigen que los simples fieles pongan al cristianismo en las *conversaciones familiares*; es decir, que hablen de Dios; que respondan á lo que oigan contra su santo nombre, y esto sin lecturas

previas, sin echar á correr en busca de una biblioteca para consultar á un teólogo, precaucion que muchas veces por cierto toman los autores de libritos y aun los periodistas religiosos. Háganos el favor el Sr. Gaduel de escuchar un ratito, porque lo que sigue, es de buen autor:

Cuando se oye á los predicadores, yo no sé cómo sucede, pero sucede generalmente que se escucha con cierta negligencia la palabra evangelica que sale de sus labios. Como todo el mundo sabe que han de subir al púlpito para reprender los vicios, dice todo el mundo que lo hacen así porque su oficio es hacerlo; y el espíritu humano, naturalmente inclinado á la reveldia, toma este pretexto para no fijar la atencion en la palabra divina. Pero cuando un hombre que *se cree ser mundano*, porque vive en el siglo, sencillamente y sin afectacion, propone de buena fé lo que siente en su interior acerca de Dios; cuando cierra la boca á un libertino que hace gala de su impiedad, ó que impudentemente se burla de las cosas sagradas, yo os digo, cristianos, que ese género de conversacion es poderoso para promover el amor de los bienes eternos..... Por consiguiente, hermanos míos, que *todo el mundo* predique el Evangelio en el seno de su familia, entre sus amigos, en las conversaciones y en las tertulias (*dans les conversations et les compagnies*); que cada cual emplee todas sus luces en conquistar las almas que el mundo solicita, en hacer reinar en la tierra la sagrada verdad de Dios, que el mundo trata siempre de proscribir. Porque si el *error*, si la impiedad, si todos los vicios tienen defensores ¿tú sala ¡oh verdad sagrada! has de ser abandonada de los que te sirven? Por ventura los que son vuestros amigos para ayudaros en los negocios comunes de la vida ¿no han de atreverse á deciros algo para procuraros vuestra eterna gloria? *Hablemos*, si, hermanos míos, *hablemos muy alto* en pro de tan justa causa: resistamos á la iniquidad que mal satisfecha de que se la tolere, pretende que se la aplauda todavía. («*Panegírico de Santa Catalina.*»)

El Sr. Gaduel es demasiado fuerte en literatura para no haber conocido ya que quien habla esas palabras, es nada menos que el gran Bossuet, acérrimo partidario, segun se vé, de los teólogos improvisados; porque ¿qué cosa mas improvisada que esa teología que quiere ver á cada cual profesando *dans les conversations et les compagnies*, á propósito de la menor palabra que se diga contra Dios, sin dejarlo para mañana, y sin decir al libertino, al incrédulo, al chusco necio que suelta una graciecita contra la eterna verdad: Oiga vd. amigo; mucho tengo que replicar á eso: hágame vd. el favor de esperar un rato, que me voi de un brinco á Orleans á buscar al padre Gaduel para ponerlo á vd. como nuevo, en cuanto me haya dicho lo que Witasse y Billuart responden á esa necedad que acaba de espéarnos. Ello no hay duda sino que en medio de uua conver-

sacion de amigos se pueden ensartar heregía sobre heregía; y no sería la peor de todas el callarse, y dejar al incrédulo gozando de los aplausos que busca?

Pues bueno: nosotros decimos que no condenando Bossuet, sino por el contrario recomendando una poca de teología en las conversaciones; es seguro que no habria visto de mal ojo una poca de teología en los periódicos. Porque en resúmen, ¿qué es hoy la sociedad en que vivimos? Una sala en que ciertos personajes llamados *El Diario de los Debates*, *El Siglo*, *El Constitucional*, *El Univers*, en fin, y para hablar claro, los periódicos tienen la clave de la conversacion y hablan solos. Esto será todo lo triste que se quiera; pero es así: poetas, oradores, sabios, artistas, todos esperan para salir al mundo que los periódicos les den audiencia: Napoleon III es el único que se pasa sin ellos: Trátese de hombres, de cosas ó de libros, el hecho es que nadie los conoce, si los periódicos no los mencionan. Tal es el poder de la prensa, ó cuando menos, de cierta parte de ella.

Entre los periódicos mismos, los hay tambien que esperan, como todos los demas pretendientes de celebridad, á que otros periódicos los mencionen: porque sino lo logran, cuanto dicen, es tiempo perdido. No hay que ver sino lo que le sucede á el *Ami de la Religion*: con todo el estrépito que arma el pobre, todavía no ha podido conseguir mas que una tibia recomendacion de la piadosísima y catoliquísima *Independencia Belga*, y aqui paz y despues gloria: lo mismo, punto por punto, le sucede á la *Presse religieuse*, y eso que no anda floja en lo de tronar contra los escritores católicos seculares: uno y otro hacen lo que pueden por ganar la amistad de *El Siglo*, de *La Presse* y del *Diario de los Debates*, en el mero hecho de atacarnos á nosotros, que somos el ojito derecho de estos nuestros cofrades: y sin embargo, ¿cosa singular! ni el *Diario*, ni *La Presse*, ni *El Siglo* tienen la caridad siquiera de tomarles algun parrafillo que les sirviera como de anuncio: es menester que nosotros de cuando en cuando los saquemos por la mano, diciéndoles: Vaya, daos á conocer; salid á ganar las simpatías de los que nos detestan cordialmente. Pero nada: lo mas que conseguimos, es que hagan un poquito de ruido durante veinte y cuatro horas, y despues, como si tales periódicos no hubiera en el mundo. ¿En qué consiste ese desden? lo ignoramos: en lo que no cabe duda, es en que nadie los escucha para nada; porque esa gran conversacion de los periódicos, con ser tan libre y mantenida por interlocutores tan poco escogidos, es sin embargo una conversacion en la que no toma parte todo el que quiere: por consiguiente, no todo el que quiere, puede hacer en ella uso del consejo de Bossuet, reprendiendo al imprudente, desenmascarando al hipócrita, confundiendo al mentiroso, y silbando á mandíbulas batientes á la iniquidad que busca vitores y aplausos. Con razon ó sin

ella, el *Univers* es el único de los periódicos religiosos que se hace oír muchas veces, y no siempre sin fortuna: como que, segun la pintoresca frase del Sr. Gaduel, consigue *crear corrientes de opinion*, tiene por lo mismo consigo y contra sí calorosos amigos, y ardientes adversarios.

Ese es justamente el mal—dirá á esto el Sr. Gaduel. Ese es justamente el bien—le replicaria Bossuet, como le replican de hecho muchos obispos á quienes se lo oimos nosotros: y tenemos para nosotros que si Bossuet viviera y viese el camino que lleva el mundo, echando menos y todo en nosotros mil dotes que nos faltan, habia de mirarnos con bastante benevolencia; en todo caso, estamos casi seguros de que uno de sus mas ilustres contemporáneos nos aplaudiria.

Hablamos del gran jesuita Bourdaloue, no indigno por cierto de figurar en pos del mismo Bossuet, y al cual nada ereemos que tenga que pedirle el Sr. Gaduel en punto á gravedad, á prudencia, á ciencia sólida y talento profundo. Pues bien: sepa el señor Gaduel que Bourdaloue ha escrito un sermón en que espresamente condena ¿lo oye el Sr. Gaduel? condena á los seculares que no hacen lo que nosotros pretendemos hacer. Tenga el Sr. Gaduel la bondad de abrir el tomo sexto de la edicion de Versailles; sermón para el domingo en la octava de la Ascension, *sobre el celo por la defensa de los intereses de Dios*. Propónese allí el orador sagrado hacer á todos sus oyentes *del partido de Dios*, ó si el Sr. Gaduel quiere *del partido católico*, objeto de tantas censuras: y llamando á juicio á esa especie de buenos cristianos, moderados y prudentes que tan bien saben declamar contra los *exagerados*, y que han olvidado que todos los hombres, cualquiera que sea su condicion, deben á Jesucristo, á su ley y á su Iglesia un testimonio *público* de su amor y de su sumision; llamando, digo, á juicio á estos tales, les pide cuenta de su *indiferencia criminal* en este punto, y reduce á dos *principios vergonzosos* su falsa prudencia, su prudencia *reprobada*, como la llama el orador; segun el cual tiene la tal prudencia por origen la ceguedad del entendimiento y la flaqueza del corazon, de las cuales resultan, entre cristianos, dos géneros de caracteres igualmente opuestos al espíritu del cristianismo.

«Los unos, dice, son los políticos mundanos, que tienen por prudente ser, en los combates, *frios para con Dios*, y *poco celosos* de todo lo que concierne á su santo servicio y á sus sagrados intereses, falsamente creyendo que en obrar así, proceden con atinada prudencia, y confundiendo esta indiferencia y falta de celo con la moderacion y la templanza. Los otros, menos presuntuosos, convienen en la obligacion que todos tenemos de profesar el celo de Dios, y de manifestarlo con obras; pero no se hallan con fuerzas para practicar lo que creen, y mostrar en sus actos lo que con sus palabras confiesan: estos tales aprueban el celo en otros, y cuan-

do llega la ocasion de emplearlo ellos, ceden siempre al temor y á los respetos humanos.»

Dejemos á un lado á estos últimos que son los *cobardes*, pero que no son indignos, y que al cabo no llevan á mal el que otros tengan mas valor que ellos; y vamos con los *prudentes*, que mirando las cosas de otra manera, suelen reprender ágríamente á los *celosos*. Hé aquí lo que Bourdaloue piensa de estos prudentes:

«Ser prudente á espensas de Dios y en daño mismo de las reglas de este mundo, con vergüenza de la religion y en provecho de la impiedad; ó lo que es lo mismo, profesar una prudencia que Dios toma por deshonra y que el mundo mismo no aprueba; una prudencia que á los flacos escandaliza, y á los impíos alienta; eso es lo que la política del mundo ha inspirado siempre á los mundanos, y lo que el espíritu de Dios condenará eternamente. A la grandeza de Dios conviene ser servido por hombres que tengan á gloria el ser suyos y el declararse por él; y no hay prudencia en el mundo que dispense de cumplir este deber; porque este deber es el primer principio en que repósa la prudencia misma y al cual debe esta virtud referirse. Los intereses de Dios, es decir, todo cuanto respecta á su culto, á su religion, á su ley, á su honra y á su gloria, son de un orden tan excelso, que no pueden jamas ser contrastados por otro interés ninguno; y por otra parte, de tal manera están en nuestras manos estos mismos intereses de Dios, que todos nosotros debemos ser sus guardadores, y que cuantas veces sufran algun menoscabo debemos dar cuenta á Dios por ello, pues nosotros solos seremos culpables de ello por nuestra infidelidad. Esto cabalmente es lo que todos los dias está sucediendo cuando por falsas consideraciones, con las que malamente creemos servir á Dios, inventamos pretextos para *callarnos cuando deberíamos hablar*, para estarnos quietos cuando deberíamos movernos, para prestar nuestra *tolerancia y connivencia* cuando deberíamos reprender y castigar.»

Adviértase que en estas palabras, no se dirige Bourdaloue á eclesiásticos, sino pura y simplemente á los fieles de la parroquia. Esas obligaciones tan distantes de lo que el Sr. Gaduel tiene por el bello ideal de un buen seglar, que no abra la boca por temor de decir una heregia; esas obligaciones parecen á Bourdaloue tan altas y tan indispensables que no vacila en imponerlas so pena de pecado mortal.—«La flaqueza, dice, tímida para llenarlas, ó las mundanas consideraciones que nos retraen de ello, son *esencialmente contrarias al espíritu de Jesucristo, y merecedoras de condenacion eterna..... Qui non est mecum, est contra me*: palabras de maldicion para esos caracteres *acomodatícios*, que creen poseer el secreto de agradar á Dios en *no chocar jamas con el mundo*. ¿Qué responderán estos tales á Jesucristo cuando les diga que una y otra cosa eran imposibles,

y que así debían haberlo tenido entendido por aquellas palabras pronunciadas por su boca?»

A los cristianos que quieren evitar este juicio tremendo, propone Bourdaloue el ejemplo de David, cuando decia á Dios: las afrentas que se os causan, Señor, recaen sobre mí: preciso es que yo os vengue; y si mi razon me dice que no lo haga, desde ahora la condeno como una razon corrompida.—«Y no es solamente un rey como David, prosigue Bourdaloue, el que así debe hablar, sino que lo mismo debe hacerlo un señor en sus dominios, un magistrado en su distrito, un superior en su comunidad, un particular en su familia, todos y cada cual, *sin excepcion*, en su estado...»—Nos parece que en esta enumeracion no está excluido el *escritor seglar*, sea que publique libros, sea que redacte periódicos: seguramente que si Bourdaloue hubiera conocido á esta nueva especie de grandes señores y de personajes, no habria dejado de imponerles las mismas obligaciones que al comun de los seglares, puesto que todos deben combatir á la impiedad, cualesquiera que sean su situacion, su estado y sus facultades. Y si es verdad que «todos los extravios de un hijo pervertido deben afligir el corazon de su padre, así como todos los de un criado vicioso deben afligir el corazon de su amo,» con mayor razon todas las licenciencias de un entendimiento incrédulo, de una pluma impúdica, de un pincel desvergonzado deben inflamar la caridad del cristiano, que sabe que aquel entendimiento perverso, aquella pluma obscena, aquel pincel impuro van á tender á las almas redes en que se perderán, haciendo vano el precio de la divina sangre redentora.

Demostrado ya que Bourdaloue no habria sido enemigo de los periódicos religiosos de seglares, pudiéramos poner punto á esta materia, si los *prudentes* de quienes habla el orador, repletos como están de discursos y argumentos contra nosotros los *exagerados*, no nos acusaran principalmente de que suscitamos *enemigos á la Iglesia*. Tambien va á responder por nosotros Bourdaloue, que no parece sino que está oyendo la acusacion:

«Me direis que un *celo vivo y ardiente*, tal como trato de inspirároslo contra el libertinage y el vicio, en vez de curar el mal, acaso no sirva sino para exacerbarlo. Pues bien, yo os digo que, *aunque así fuera*, cristianos, *aunque vieseis que no podria menos de ser así*, no por eso vuestra indiferencia para con Dios seria menos criminal; no por eso estariais menos obligados á mostraros *celosos de Dios*, si mil veces os llamaban á la pelea. Aunque *el mal se agriara y se exacerbase*, vosotros siempre habriais cumplido vuestro deber: cuenta de Dios era el permitirlo así; pero jamás seria su intencion el que vosotros tuvierais consideraciones y tolerancia con el mal que su divina voluntad hubiera querido permitir... Me direis

que es preciso usar de la *prudencia*; sin duda ninguna, os respondo yo; toda la prudencia que querais *con tal que el vicio sea corregido, que el escándalo sea reparado, que la causa de Dios no pierda*. Porque en verdad os digo, si vuestra prudencia consiste en ponerlos siempre de parte de la sinrazon, aunque sea bajo hermosas apariencias; si es cosa de que la honra de Dios haya de menoscabarse en cuanto esté en vuestras manos, y que la iniquidad se crea segura y bastante fuerte desde el punto que la hayais de juzgar vosotros; si todo ese temperamento, en fin, de prudencia que afectais, no consiste sino en resfriar vuestro celo y entibiar el de los demás; será todo eso prudencia y habilidad, si así os place; pero serán aquella habilidad y prudencia que *San Pablo anatematiza*, poniéndola entre las obras de la carne, cuando dice á los romanos: *Sapientia carnis inimica est Deo...* Me direis tambien que vuestro celo puede causar estrépitos y ruidos: pero respondedme: si el impedir lo que sabeis vosotros que es un verdadero desorden, ya sea en vuestra familia, ya fuera de ella, no vale la pena de causar estrépito y ruido ¿qué cosa hay que lo valga en el mundo...? Pero ese ruido y estrépito va á turbar la paz, os oigo decir. *Que la turbe*, os responde San Agustin; eso mismo será glorioso y mas digno del espíritu cristiano; porque *hay una falsa paz, que debe ser turbada...* No, no, no hay paz, ni doméstica ni estraña, que deba ser preferida á la obligacion de defender los intereses de Dios, y de oponerse á que se ofendan.»

Nos parece que basta lo citado, pues no es cosa de insertar todo el sermón: léalo entero el Sr. Gaduel, y su buena fé le obligará á confesar que aquel grande y sábio Bourdaloue no era por cierto enemigo de la *teología seglar*. Porque ello, no hay medio; sin un poco de teología es imposible tratar de asuntos relacionados con la fé, imposible estar siempre alerta contra lo que pueda ser dañoso á la ley, al culto, á la honra, al interés de Dios. ¿Y cuál es mayor mal, preguntamos al Sr. Gaduel, aventurar una definicion ó una palabra que no sean exactamente conformes al rigorismo de la ciencia, ó sufrir paciente, prudente, cobardemente que la religion padezca afrentas y difamaciones? Por lo que á nosotros toca, paladinamente lo confesamos: quisiéramos cien veces mas dar pretexto á los incrédulos para que nos acusen de *triteismo* y de *pseudo-tradicionalismo*, y esto suponiendo que sepan lo que se dicen, que no dejarlos impunemente atacar, á nuestra vista y á vista de otros, la existencia de Dios, la divinidad de Jesucristo, ó la autoridad de la Iglesia. Si tal vez erráramos en algo, no por eso daremos en hereges ni nosotros ni nuestros lectores; porque á todas nuestras heregias provee la plena sumision que con toda el alma profesamos á la santa Iglesia católica. Pero el silencio haria de nosotros unos *cobardes*, y de nuestros lectores pudiera hacer unos *ateos*.

III.

El periodismo religioso ha nacido de las necesidades de la Iglesia en la sociedad moderna; pero todas las cosas tienen sus inconvenientes, y las nuevas, sobre todo, tienen sus detractores; hay ciertos espíritus que, rectos y bien intencionados como son, no llevan sin embargo en paciencia nada que no se haya hecho en todos los tiempos: si la cosa nueva, contra la cual están ya por natural inclinacion prevenidos, llega por desgracia á incomodarles en algo, ó ya si no pueden hacerla que se preste á servirlos, sin aguardar á mas, la condenan absolutamente. Tal ha sido la suerte del periodismo religioso: los primeros anatemas lanzados contra él son contemporáneos de sus primeros dias: nacido al borde de los cadalsos en tiempos del terror, salpicado con la sangre de los mártires, probado ya con persecuciones é injurias, habia sido, en el espacio de cuatro ó cinco años, suspendido, suprimido, y muchas veces arruinado, cuando del seno mismo de la Iglesia se levantaron voces para maldecirle. Algunos de los prelados que se habian refugiado en Alemania desde el principio de la revolucion, dieron en pensar que el periodismo religioso erraba en materia grave, y se metia en lo que no era de su competencia. ¿Cuál era su crimen? Segun sus detractores, el de poner muy alto los derechos del Papa. Tratábase por entonces del Concordato y de la reorganizacion de las iglesias: necesitaba este proyecto que se abolieran los títulos existentes para hacer un nombramiento de Obispos enteramente nuevo. Entre los Obispos, unos ofrecian filialmente su dimision, otros lo rehusaban, negando á la Santa Sede el derecho á exigirselo. Por aquella época apenas habia ultramontanos en Francia, y desde luego el periodismo religioso no lo era; pero la fuerza de las cosas lo iba irresistiblemente llevando á profesar la doctrina romana pura, y la sostenia vigorosamente. Ese era su crimen, por el cual fué castigado primero, y glorificado despues.

Si escribiésemos la historia de la prensa católica, se veria que poco mas ó menos siempre ha estado en la misma situacion, es decir, alentada como entonces por la opinion general, y como entonces, combatida por el espíritu privado. Cuán difícilmente desaparece este espíritu, hasta cuando se halla ya casi unánimemente abandonado, digalo un reciente escrito que á pesar de haberse dado á luz sin nombre de autor, ha tenido bastante importancia para poner en cuidado al Sr. Arzobispo de Reims y á algunos otros Prelados. Este escrito, que no es seguramente ni *triteista* ni *pseudo-tradicionalista*, no es sin embargo grandemente ortodoxo: con todo, á nadie le ha ocurrido que pudiera ser obra de un seglar, pues bien claro está diciendo el partido, la opinion, las ideas y tendencias, que mas